

Calle Rayón No. 3 con Patrimonio Nacional

Humberto Salas Benavides

Trabajador independiente

VOY VESTIDA DE LUNA PRIMAVERA. Lenta me deslizo por mis viejos muros centenarios, por puertas que lloran al abrirlas, cuarto a cuarto me recorro, palpo mi tristeza en paredes desteñidas y camino flotando por el machimbre sobre huellas ausentes para no borrarlas. Suspiro por escaleras polvorientas. Como cada noche, me canta el tecolote, salgo y vuelvo. Al roce de mi levedad por el jardín, despierta el longevo eco musical, y a su ritmo, bailo un vals en el fresco tapiz de la nostalgia. Descanso en la destartalada banca carcomida. Divago en mis recuerdos en el terso perfume del hueledenoché, que me sonrío; como antaño lo hizo bajo el cobijo de la luz de la luna y el canto de los grillos, a mis señores porfiristas que me hicieron realidad.

Aquí sigo en pie, en esta loma codiciada por el punto. Ubicada en lo más alto. Nací majestuosa, con mi terraza al frente, atrás con un porche para el té. Grandiosa crecí con mis tres niveles. Domino con la vista, las grandes torres y cúpulas de los templos, las plazas, el caserío, los álamos en el río y un puente pintoresco.

Y claro, en el pecado está la penitencia, al trepidar de los corceles la revolución me zarandeó. Me tomó y destripó mis sótanos en pos de las monedas. ¿Cuáles centenarios?! No había nada, menos lingotes de oro. Solo me dejaron cicatrices y toda cacariza. Entre los muchos torbellinos pude ser su cuartel o un hospital.

Apaciguados los vientos, ya quinceañera me vistió con perlas otro dueño, quedé, ¡bellísima! Ya mujer, vinieron y se fueron familias. Sin carabinas y cartucheras cruzadas, unos trajeron mariachis montados en caballos; ¡uchhh! con sus poderosos cascos herrados destrozaron mis hermosos jardines. Hice un coraje ¡tremendo!

Al paso del tiempo, mis patios disfrutaron a los tríos, el son y el chachachá. También recuerdo el tesoro del misterio, en el mirador con sus secretos: historias

de ánimas, estropeados libros amarillentos, telarañas impenetrables. ¡Ufff; el olor a pólvora. Y las cadenas con quejumbres que mis niños simulaban para susto de sus primos en las vacaciones. El cuarto de adobe de los peones fue un rincón de bromas y aventuras. Sus carcajadas corriendo en la fértil tierra, en los surcos hechos cancha. A su lado el imponente Lobo, con su estirpe salvaje a cuestras, vigilante y corriendo también a placer. Y qué decirles del refrescante chapuzón en las pilas, que disfrutaban tanto.

Brotan mis lágrimas por los jóvenes que aletean en lejanas latitudes, gozo en silencio sus aciertos. Me viven, me sufren, me aman. Lo sé por los recuerdos amorosos que me han escrito. Les he garabateado mis sueños, vuelan en palomas mensajeras en la valija de mesquite y cuero del cartero, que corre cuesta abajo: me veo biblioteca atiborrada de libros y risas infantiles o quizá, museo, con mis cuartos repletos de obras de arte.

Por fuera, la verde cascada de enredaderas, el aroma en flor de los azares con decenas de mariposas tinteando sus colores, macetones azules con rosas y geranios alimentando colibríes, caminos de girasoles enanos con abejas al por mayor, fuentes de agua rodeadas con pericos rojo sangre, truenos y hasta campamochas.

Y heme aquí, abuela con más de cien, esperando a mis nietos. ¡¿Qué me deparará el destino?! Ahora que estoy sola y soy rehén del extranjero, que me ha comprado.

Sobre una mesa yace el cuaderno ya con unas cuantas hojas, descienden despacio uno a uno los escalones de renglones vacíos, algunos rayos de luna, que acarician mis ventanas. Al soplo de las sombras se extiende el petate de la incertidumbre. Reviso las trancas de las puertas. El resuello del silencio arrulla mis anhelos, junto al sosiego sentado en la mecedora. En lo alto el uh-uh uh-uh del tecolote.